

LA DIALÉCTICA DEL ALTERMUNDISMO Y DEL ANTICAPITALISMO¹

wolfgang fritz haug

El mirar obstinado al desastre tiene algo de fascinación. De esta manera guarda un consentimiento secreto.

HORKHEIMER/ADORNO,
Dialéctica del iluminismo

Este pensamiento me sorprendía. ¿Esto era un pensamiento mío? Esto era el pensamiento del enemigo. ¿Era yo mi enemigo? Yo me distancié de mi mismo, es decir, yo me imaginé a un hombre, que me miraba desde afuera.

VOLKER BRAUN,
El carro de acero

El eruptivo aparecer de un movimiento multiforme de críticos de la globalización en Seattle, 1999, que fuera celebrado como el “nuevo Aurora” (Ramonet 2000) no ha iniciado un vuelco revolucionario mundial. Sin embargo, la forma de volcarse contra los dominadores del capitalismo mundial, redirigió la mirada de los antiglobalizadores al globo en el sentido de nuestro mundo. Una dialéctica memorable los transformó en luchadores de una mundialización de abajo. En francés se llaman ahora los “*altermondialistes*”. Tras el trauma paralizador del fracaso del socialismo de Estado, este movimiento ha hecho aparecer el nuevo sueño de un mundo que no fuera capitalista, sin degenerar en la omnipotencia de un aparato de Estado. Desde entonces tienen resonancia progresiva consignas, no sólo críticas del capitalismo actual, sino en contra del capitalismo como tal. Junto con ellas crece la necesidad de clarificación.²

1. Dialéctica o crisis del anticapitalismo

Las palabras están muy cerca unas de otras. Lo que ellas denotan pareciera escindirse: por un lado, la crítica *al* capitalismo nombra lo que es malo *en* el capitalismo para lograr cambios inmanentes, mientras que el anticapitalismo quiere superar el capitalismo. Crítica *del* capitalismo, por otro lado, tiene un significado que se distingue conceptualmente de los dos primeros por estar localizado en el nivel el de la *Crítica de la economía política*, anunciada en el subtítulo de la teoría marxiana del *Capital*. A su vez hay muchos anticapitalismos, los cuales *grosso modo* se pueden distinguir entre los regresivos y los progresivos. El siguiente

Wolfgang Fritz Haug.
Profesor de la
Universidad Libre de
Berlín.
Director de la Revista
Das Argument.
Director y fundador del
*Diccionario histórico
crítico del marxismo*.

esfuerzo de clarificación se dedica al anticapitalismo progresivo. Los que han aprendido de Marx, verán lo esencial en una superación del capitalismo que vaya hacia adelante, con base en las fuerzas productivas objetivas y personales que trae consigo el capital. Pero inmediatamente se levanta una objeción que arguye con la *Dialéctica de la Ilustración*, justo que “la racionalidad técnica hoy en día [...] es la misma racionalidad de la dominación”. ¿Cómo proceder entonces?



Cabe aclarar que si nosotros intentamos contribuir a la clarificación en forma de una “dialéctica”, no tenemos en mente un concepto académico. Y sobre todo no podemos analizar las cosas como de una cabina de observación extraterrestre. Estamos dentro del juego ya que —como Marx dice con Vico— nuestra historia “se diferencia de la historia natural en que la primera la hemos hecho nosotros y la otra no” (Marx 1975: 453, n. 89).³ Sin embargo, nuestra historia se hace de una forma, en la que muchas veces los resultados *así* no se habían pensado. Para evitar esa inversión de lo logrado contra lo pensado interrogamos la dialéctica de la práctica anticapitalista. Interrogándonos de esta forma intentamos hacer visibles ciertas limitaciones para poder superarlas. Actuar significa intervenir en relaciones sociales. En la retroacción de las relaciones sociales experimentamos tal vez que hemos logrado lo contrario de lo que quisimos o que, como decía Engels en una carta a Sombart (11 de marzo 1895), “este logro trae consigo consecuencias que no estaban previstas”. O como a Marx le gustaba decir: “El hombre propone, el ferrocarril dispone”. Se trata, pues, de reflexionar sobre estos vuelcos bruscos. Sin embargo, “sin una dialéctica materialista” no se puede tratar de “manera alguna”, como dice el gran poeta-filósofo Bertolt Brecht, “todo aquello que tiene que ver con conflicto, choque, lucha” (Brecht 1989 23: 376). La dialéctica es necesaria para manejar “sorpresas que brotan de un desarrollo que avanza lógicamente o con sobresaltos, de la inestabilidad de todas las situaciones, de la ocurrencia de las contradicciones, etc”. (Brecht 1967, 16: 702). En el original alemán, Brecht dice “Witz der Widersprüchlichkeiten”, que es intraducible, y que literalmente significa “el chiste de las contradictoriedades”, con una connotación de “contrariedades”. Si pensamos las catástrofes de un Buster Keaton o Charly Chaplin o del grande Karl Valentin, con quien Brecht trabajaba, tenemos una idea de lo que Brecht tenía en mente.

Esta dialéctica real se inicia cuando en cada lucha en cierta forma se constituye una unidad de los combatientes. En los casos en que nosotros padecemos traicioneramente “la sorpresa del desarrollo que avanza con sobresaltos”, y cuando salimos pagando la risa del “chiste de las contrariedades”, entonces podemos hablar de una *dialéctica pasiva*.⁴ Con ella tiene que tratar la dialéctica del anticapitalismo antes que nada. Ocuparse de la dialéctica pasiva quiere decir ejercitarse para desarrollar la capacidad de realizar una *dialéctica práctica*.

El anticapitalismo ingenuo tiene su dignidad inicial. Sin embargo, si no se desarrolla más, le toca lo que Lenin observaba en la vieja socialdemocracia que todavía se entendía como marxista: “La dialéctica se sustituye por el eclecticismo” (Lenin 21: 412).⁵ Mientras esto se mantenga así y el anticapitalismo ingenuo no aprenda a manejar las contradicciones —con que su campo de acción le espera— de forma productiva, se quedará desamparado,⁶ e incluso podrá traer consigo efectos contrarios que lo aproximen a la imagen de su enemigo.

Aun cuando los malentendidos no se pueden evitar, me permito anticipar unas frases “para evitar los malos entendidos”. El intento de entender cómo funciona la dialéctica del campo en el cual uno está actuando, o de tener la aspiración de poner en movimiento las posiciones anquilosadas, sin poder dejar de tomar una posición propia, pareciera atarnos a una contradicción insoluble. De hecho, nos interesa, siguiendo el concepto de Spinoza según el cual *omnis determinatio es negatio*, que cada posición tiene su negación, la cual forma su límite. Este esfuerzo critica cada aspecto sin desecharlo, arriesgando un doble disgusto, porque por un lado no juzga y por otro no justifica. Nosotros no partimos como Lukács, de una totalidad homogénea, sino de totalizaciones que se interpenetran y que se contraponen y se desintegran permanentemente en totalidades incompletas. Nuestras reflexiones se posicionan, además, dentro del proceso mismo. Ni tenemos una pretendida verdad absoluta, ni una solución prefabricada de los problemas.

2. Hipoteca estalinista y peligro de ser rearticulado por la derecha

La pregunta sobre la dialéctica del anticapitalismo no cae del cielo. El cielo del capitalismo está oscurecido por las plagas que él mismo extiende sobre “la tierra y los trabajadores” con una productividad hasta ahora inigualada: sobreacumulación del capital y consumismo de masa⁷ por un lado, y por el otro consumo deficiente. Así como sobretrabajo para unos y desempleo masivo de los otros; guerras de destrucción de productos y de capital, aunado a guerras por los recursos y el agotamiento del recurso absoluto, de las condiciones de vida en este planeta.

Ya que lo que está en juego es el sobrevivir digno de nuestra especie y con ella de un sinnúmero de especies animales y de plantas, hay cada vez más fuertes razones para criticar el capitalismo. Sin embargo, estas destrucciones tienen su momento creativo, como diría Schumpeter. Un sistema que sacó la computadora de las catacumbas de la preparación de una guerra nuclear y la convirtió en la fuerza productiva directriz universal, aún no ha llegado a su fin histórico, aun cuando “el capitalismo en cualquier de sus niveles no esté en condiciones de convertir lo ‘high’ de la ‘nueva tecnología’ realmente

en una ‘new economy’” (Krysmanski 2001), sino de realizar sólo selectivamente su potencial, y eso con frecuencia de modo destructivo. No podemos separar la productividad de esta máquina de desarrollo literalmente inhumana, la cual llamamos capitalismo, de su destructividad. Esto tiene consecuencias para su combate. No se puede decretar simplemente que el tiempo de la “necesidad transitoria de la forma de producción capitalista” (Marx) haya pasado aun cuando el sistema esté moviéndose hacia su límite histórico.⁸ A esta contradicción⁹ que puede tomar desprevenido al anticapitalismo, volveré más tarde.



De otra forma, el cielo del anticapitalismo está también oscurecido. Esto sobre todo por dos motivos. Primero, porque las motivaciones anticapitalistas pueden ser capturadas por la agitación populista de derecha que va de autoritaria, racista a casi fascista. El peligro es grande, donde lo “anti” del anticapitalismo sobrepasa en gran medida lo “pro” del proyecto socialista. Y “la dificultad con los movimientos sociales es que, en muchos casos, no logran construir opciones políticas” (Sader 2007: pp). Por el momento se tiene mucho éxito con la retórica del anticapitalismo. El consenso que se puede lograr es, en primera instancia, un consentimiento y como tal voluble, como todo sentimiento, tanto en su fuerza como en su orientación. De la misma manera en que los derechos humanos pueden ser utilizados para las guerras dirigidas por los Estados Unidos, motivos anticapitalistas pueden ser utilizados para movilizaciones reaccionarias. Por ejemplo, la “*Sharia* y el *Djihad*” intentan, de hecho, convertirse mundialmente en la vanguardia del anticapitalismo, así como la revista *Bahamas* sugiere a los anticapitalistas ingenuos, sin decir, por supuesto, que en este caso se trata de productos del capitalismo occidental. Si la amenaza de cooptación por la derecha obliga a la izquierda a examinarse a sí misma, de la misma manera se vuelve inevitable examinar detenidamente el vuelco del proyecto de liberación social del siglo xx, el cual, tras una industrialización y urbanización impresionante, acabó en una represiva e ineficiente dictadura del desarrollo. El fracaso a la par de la autotraición¹⁰ pesa sobre todo proyecto anticapitalista. Cabe recordar que la autocrítica histórica es la condición previa de toda crítica.

¿Cómo podemos manejar esta hipoteca? ¿Nos lavaremos las manos de culpa frente al estalinismo, por ejemplo, considerándolo como “la forma extrema de capitalismo de estado” (Harman 2000), pasando así la culpa al capitalismo? ¿Excluiremos el movimiento comunista de la historia de la izquierda, en tanto que no participamos en él personalmente? ¿La sociedad estatalizada que surgió de guerras civiles y las crisis económicas que trajo consigo la revolución de 1917 las reduciremos al dictatorial “estado policiaco”, cuyo socialismo fue “sólo una máscara” (McNally 2006)? ¿Repetiremos una y otra vez que queremos justo lo contrario?

Para escaparse de las sombras del estalinismo parece espontáneamente correcto el distanciarse lo más posible de esa forma de socialización desacreditada. En contra de su extrema estructura jerárquica y centralización, nos refugiamos en un modelo de arco iris aditivo sin liderazgo ni dominación. En lugar de la unidad represiva colocamos una multiplicidad sin conexión. Que nada ocurra desde “arriba”; todo desde “abajo”. ¿Anunciaremos entonces, con David McNally, que queremos acabar con la dominación de la mercancía, del dinero y del capital, y que en cada instante queremos darle legitimidad a la voluntad de la mayoría en la organización de la producción y la circulación? ¿Declararemos, con John Holloway, que la revolución y el reformismo son “planteamientos centrados en el Estado” y afirmaremos que tras dejar la “ilusión del Estado” dejamos también la “ilusión del poder”? Ya que ésta se funda en la idea de que “el cambio de la sociedad es una cuestión de conquistar posiciones de poder o de volverse poderoso de alguna manera”, en contra de lo cual escribimos en nuestras banderas la petición de “disolver todas las relaciones de poder” (Holloway 2003: 814f).

Sin embargo, con esto, la dialéctica del anticapitalismo que entonces ha cambiado el proyecto socialista en su contrario, nos ha atrapado otra vez por atrás. Porque el estalinismo fue el producto de una dialéctica que actuaba incontroladamente a las espaldas de los actores y que en ese sentido era una dialéctica pasiva. Nicos Poulantzas desarrolló la idea en 1979¹¹ de que en la perspectiva de la completa inmediatez que Lenin tomó del *Anti-Dühring* de Engels, “en la cual la democracia iba a desaparecer en cuanto desaparezca el Estado” (Lenin, 25: 409,) estaba dormitando su contrario extremo, es decir, la mediatez total del Estado-violencia. Este tipo de visiones, que en *Estado y revolución* de Lenin se formularon con la mayor radicalidad; es decir, que la eliminación legítima de todas las instituciones, sobre todo del derecho y del parlamentarismo¹² —lo que es muy diferente a eliminar bastiones residuales predemocráticos en estos u otros aparatos de mediación—, se convirtió en una dominación directa y total. La fetichización del “sólo desde abajo” se convirtió en la fetichización del “sólo-desde-arriba”. Todo aquel que responde retomando esta fetichización del sólo-desde-abajo, comienza el círculo ciego de nuevo. Si se reflexiona este contexto, entonces Stalin no fue el primero que con su terrorismo de Estado, acompañado de una economía de comando, “dañó sin medida las ideas del socialismo y comunismo” (McNally) sino, en la forma de su contrario extremo, lo había hecho ya el anticapitalismo ingenuo del comienzo. La perspectiva de Engels en torno a la abolición de las relaciones mercancía-dinero del *Anti-Dühring* se aplicaba, después de la revolución de octubre, en parte literalmente. Frente a la completa singularidad histórica del socialismo en el poder, para el cual no hubo ningún modelo y ninguna

experiencia a seguir, esta ingenuidad pudiera ser comprensible. Pero las experiencias comunistas del siglo xx nos la prohíben categóricamente. Los resultados correspondientes tienen que ser heredados: El “comunismo de la inmediatez”¹³ acabó en una mediatez estatal total; democracia directa de derecho acabó en dominación directa de hecho. El reprimir las contradicciones acabó en la paranoia del retorno de lo reprimido. El movimiento estudiantil añadió su propia experiencia, en la medida en que la abolición del liderazgo controlado se volcó en liderazgo carismático, es decir, sin control democrático.

Al que desea con los zapatistas un mundo “en el que caben muchos mundos”, se le aconseja invertir todo en este arte político, que sabe traducir la diversidad de voces en una lengua común. Si falta a la cultura política y a sus moderadores políticos competentes una unidad plural, los múltiples mundos se van a dividir y finalmente a destruir. Una teoría materialista del Estado que no se niega a las innovaciones conceptuales de Antonio Gramsci ayudará a comprender que incluso los movimientos fuera del Estado tienen que desarrollar capacidades y crear instituciones de soporte que le devuelvan a la sociedad civil (que no es lo mismo que la sociedad burguesa) lo que los aparatos del Estado le quitaron. Un movimiento extraparlamentario, como un aguijón permanente de la representación parlamentaria de la izquierda, tendría que aprender de Gramsci que incluso la proclamación de moverse fuera del Estado, por la fuerza de una insoslayable dialéctica de “la cosa misma”, no sale del Estado, sino que se queda en la esfera del *Estado integral*. Considerar a la sociedad civil como algo externo a la condensación estatal de fuerzas, sería liberalismo burgués superficial.

3. It's the economy, stupid!

Un anticapitalismo, que no habla *tampoco* de las duras necesidades políticas y económicas, comienza de nuevo el juego fatal. Marx no cedió frente a este anhelo de “las bellas almas”. Justo es en *El capital* donde habla con cierto *pathos* del reino de la libertad “ahí donde termina el trabajo impuesto por la necesidad y por la coacción de los fines externos”, y donde el “despliegue de las fuerzas humanas que se considera como fin en sí [...] puede florecer”, aclara con honesta sobriedad que esto, bajo cualquiera de las condiciones pensables, va depender de “aquel reino de la necesidad” como su “base”. “La libertad, en este terreno, sólo puede consistir en que el hombre socializado, los productores asociados, regulen racionalmente este su intercambio de materias con la naturaleza, lo pongan bajo su control común en vez de dejarse dominar por él, como por un poder ciego, y lo lleven a cabo con el menor gasto posible de fuerzas y en las condiciones más adecuadas y más dignas de su naturaleza humana.

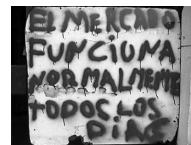


Pero, con todo ello, siempre seguirá siendo éste un reino de la necesidad” (*Capital*, III, cap. 48).

La experiencia comunista del siglo xx se encamina a que los problemas de la socialización de la producción y la distribución no se han resuelto. Una izquierda que toma en serio su propuesta de “otro mundo”, “otro”, es decir: mejor que el capitalismo, tendrá que evaluar cuidadosamente los planteamientos y experiencias correspondientes que la historia del siglo pasado ofrece. Ahí se puede ver que la necesidad es la otra cara de la libertad. La consigna de la Alemania oriental (RDA) “trabaja, planea y gobierna con los demás”, muestra, probablemente, la tarea que sigue siendo correcta, pero que mal manejada y bajo las peores relaciones de fuerzas pensables no pudo resolverse. Aquel que cree que en 1989-91 se derrumbó “el estalinismo”, se equivoca justamente en torno a esta necesidad de base. En realidad, se derrumbó el proyecto de democratización de Gorbachev, no sólo porque a la base de la herencia estructural del estalinismo y de su “destrucción colosal del factor humano” (Butenko 1988, vgl. Haug 1989: 156/91) no pudo dar solución al problema de abastecimiento y anteriormente al de producción. Algunos oradores parecen creer que uno puede emancipar a los pobres de este mundo sólo *políticamente*, a través de la democracia, en lugar de económicamente. En algunas de estos discursos bosteza la dura necesidad como un hueco negro que engulle todo conocimiento de la realidad. Podría conllevar a derrotas catastróficas y a poner en crisis a países completos, si se deja de lado al “trabajador agregado total”, el *Gesamtarbeiter* de Marx, este actor alienado bajo el comando del capital en el reino de la necesidad y se apostara exclusivamente a los “llamados marginalizados” (Raúl Zibechi).¹⁴ De cualquier forma, con este tipo de ideas se satisface retóricamente la necesidad de pintar una alternativa, mientras no se piense hasta el final. Partimos de que no puede haber ningún camino alternativo dejando fuera el bloque productivo de la sociedad, que abarca la clase obrera y la inteligencia técnico-organizadora. “Anticapitalistas serios tienen que ir más allá que sólo demostrar una oposición al sistema; necesitan encontrar caminos para ganar acceso a este poder” (Harman 2000). El problema de un movimiento anticapitalista con capacidad social de actuación no se distingue totalmente del de los partidos políticos con pretensiones sociales: tienen que lograr comunicarse tanto con las partes que representan el núcleo económico, así como con los marginados. Ésta es una de sus necesidades al operar con antinomias. Volveremos a hablar más tarde de este arte práctico-dialéctico.

Si el anticapitalismo actual se ve determinado aún por la situación postcomunista, no se le va a medir su duración por lo que ya fue, sino por lo que posiblemente será. No es suficiente, para decirlo con Walter Benjamin, que la catástrofe consista en que todo siga caminando. Esta

situación podrá terminarse sólo frente a una nueva concepción, que implique una posibilidad concreta de “evitar la catástrofe”; es decir, de lograr que nuestra ganancia de vida en el manejo productivo de los recursos naturales así como las relaciones entre nosotros, tanto socialmente como ecológicamente, puedan ser mejor organizadas que de forma capitalista, “con el menor gasto posible de fuerzas y en las condiciones más adecuadas y más dignas de [nuestra] naturaleza humana”.



4. Elementos de Otro Mundo en el seno de lo existente

No hay escasez de ideas que anticipen o retomen formas alternativas de organizar las condiciones y formas de nuestra vida social. Lo que abunda son propuestas de sobrevivir en nichos, así como soluciones de urgencia y conceptos de autoayuda; desde la ocupación de casas vacías, creación de círculos de trueque, hasta el llamado “mercado Harz-IV”¹⁵ berlinés de Navidad, así como “una economía Pop’ que surge del mercado de pulgas y de bazares del tercer mundo” (Krysmanski 2001). Todos éstos son elementos de una economía secundaria, que gracias tanto al horizonte común —que deja ver algo más allá del capitalismo—, así como al aumento de la asociación política, pueden ser algo más que una iniciativa de los que de por sí están excluidos, y que con estas formas “eligen” (como diría Sartre) su exclusión. En el otro extremo del espectro, separado de la fuerza y fragmentada economía de autoayuda, se encuentran formas provenientes de las capas de los que fungen como inteligencia técnica, “formas alternativas, pero no necesariamente de cooperación contra el sistema: a ellas pertenecen diversos movimientos de *open source*, *open content* etc”.¹⁶ Hans-Jürgen Krysmanski, quien toma conciencia de esto, propone un concepto de “anticapitalismo *high tech*” postmoderno “que merezca este nombre”, y aboga sobre todo por una “asociación de productores cibernéticos libres que tenga la finalidad de producir asociaciones libremente algorítmicas: indagaciones de nuevas formas de autoorganización social y de solución de problemas sociales con base en las nuevas fuerzas productivas cibernético-algorítmicas” (2001). Ciertamente ofrece el uso multiforme que se hace del Internet un sinnúmero de ejemplos, comenzando por diversas formas de esfera pública contestataria alternativa (*Gegenöffentlichkeit*) y por formas de autoorganización en redes, hasta formas de cooperación de bienes digitales no monetarizados, desde el sistema operativo, pasando por diversas aplicaciones, hasta la estructura de una obra como Wikipedia. Como un fuego fatuo surge aquí la paradoja de un “anticapitalismo intracapitalista” en la pregunta: “¿es la salida del proceso de valorización la condición para la ‘liberación’, o es el proceso de valorización en su nivel actual por sí mismo el medio donde surgen las formas de asociación contestatarias? Tenemos que pensar los siguientes

factores: los medios de producción y la fuerzas de trabajo se vuelven idénticos; tiempo de trabajo y tiempo libre se vuelven idénticos; el tiempo de trabajo social necesario se ha reducido radicalmente; el tiempo de servicio exigido por el poder del capital va en aumento drástico y provoca rebeldía; las relaciones sociales cosificadas se atrofian en grado extremo a través de la cultura de la simulación y provocan resistencia en esta cultura misma” (Krysmanski 2001). Sin embargo, la simulación devora a la protesta, mientras ésta no se encuentre el terreno de su nueva economía.

Por otro lado, hay una tendencia a lo razonable, en todo aquello que es “general o que permite su generalización” (Haug 1972/2006: 257), proveniente del conjunto de las actividades y funciones sociales de la “primera” economía formal, es decir, aquello que no vive ni depende de los antagonismos sociales y que no permite ser escindido por ningún interés particular y que sólo la organización solidaria puede garantizar. En esto radica el sentido de la defensa de los “servicios públicos” que va más allá del horizonte capitalista, en contra de su entrega al capital. En esto radica la importancia del funcionamiento comunal o nacional de formas de abastecimiento infraestructural, de educación y de salud etc.

Una alternativa, posiblemente global, que resumiera todos estos elementos altamente diversos pero que en mayor o menor medida están amenazados por las relaciones capitalistas, alternativa que pudiera parecerle útil y digna de crédito a las mismas fuerzas anticapitalistas, todavía no existe. Por esta razón, son muy importantes los planteamientos que se orientan a esta perspectiva sin endurecerse en conductas sectarias. Oskar Negt ha declarado la tarea de “transformar políticamente la segunda economía y colocarla en el rango de la primera” (2001: 407f). La define como una “situación-época de lucha política”, “para la cual se necesita buscar y encontrar aliados en todas las capas sociales, entre los directores de empresas ilustrados y responsables, así como entre los maestros y los trabajadores” (322). Fuera de una perspectiva, que de tal forma concreta vaya más allá del capitalismo, las comunidades que intentan colocarse fuera del capitalismo se dejan absorber sin darse cuenta por los poros del capitalismo neoliberal, ya que justamente éste lucha por sacar todo lo general que está al servicio de los seres humanos, para desencadenar la lucha por la existencia entre los privados.

En cierto sentido se pueden comparar la mayoría de los proyectos de autoayuda que están dispersos por todo el globo pero que son obligadamente locales, con los restos de las llamadas comunidades primitivas y de las economías comunales del último tercio del siglo XIX en Rusia. Entre los rusos de izquierda se dio entonces una disputa sobre el significado del *Mir*, del pueblo ruso, y sobre la importancia que pudiera tener para la perspectiva de la izquierda. Vera Sassulitsch

le hizo la pregunta a Marx en 1881. Éste se volcó en amplios estudios sobre las consecuencias de las reformas políticas capitalistas en Rusia (cf. Marx 1956ff 19: 355-424), formulando un resultado final sucinto: “que esta comunidad del pueblo podría ser el punto de apoyo del renacimiento social de Rusia”, pero sólo bajo la condición que “primero se logran eliminar las influencias destructivas que acosan [las comunidades tradicionales] de todas partes y asegurarles las condiciones normales de un desarrollo natural” (243). Sería otro tipo de desarrollo. En el esbozo para la carta lo explica: “en Rusia, gracias a una combinación única de las circunstancias, la comunidad rural, que existe aún a escala nacional, puede deshacerse gradualmente de sus caracteres primitivos y desarrollarse directamente como elemento de la producción colectiva a escala nacional. Precisamente merced a que es contemporánea de la producción capitalista, puede apropiarse todas las realizaciones positivas de ésta, sin pasar por todas sus terribles peripecias”.¹⁷ Detrás de “las influencias destructivas” se ocultaba la dominación capitalista bajo el techo zarista. El pueblo que estaba ligado al suelo no podía por su propia fuerza romper con esta dominación, de la misma manera como los proyectos comunales que actualmente se retiran de la economía formal y que actúan literalmente “sin suelo”, tampoco lo logran.

Como condición de posibilidad de la alternativa postcapitalista fungía para la izquierda socialista, y después para la comunista, la economía planificada. La confianza que inspiraba daba entonces al anticapitalismo su irradiación hegemónica. Hoy bosteza una severa ausencia en el lugar de esa confianza primaria formadora de historia. Esta ausencia constituye el núcleo negativo de la situación postcomunista. Un anticapitalismo, que no va mas allá de lo “anti” en relación al capitalismo y que llega a formular un “pro”, que promete liberar la productividad de la lógica antagonista de la ganancia y con ello de su destructividad, no le puede discutir al capitalismo su derecho a la existencia. En este sentido, la pregunta central sería la siguiente: “¿puede ser sustituido el mecanismo de mercado por otro sistema cibernético, que sea semejante en su alto nivel de coordinación, pero que sea más democrático y humano?” (Dieterich 2007). Incluso entre los que padecen al capitalismo no van, en su mayoría, a apoyar un proyecto que implique un retraso frente a esto. Estas mediciones críticas de la productividad capitalista no la transfiguran, sino tienen la finalidad de vincular las fuerzas propias al proyecto de una superación progresiva del capitalismo, abogando por una producción a favor de los seres humanos que conserve, además, la habitabilidad de nuestro planeta.



5. Sobre la dialéctica de la mercantilización y la desmercantilización

Influir para aclarar las metas de los movimientos de justicia social

implica escuchar a estos movimientos. Donde aparecen inconsistencias, la tarea es colaborar para lograr la coherencia. Se trata no sólo de “tematizar sin falsos recatos el desarrollo de la dominación capitalista, sino también las categorías falsas de los movimientos contestatarios” (Wolter 2001). Una de las incoherencias actuales consiste en que la petición de la supresión de las relaciones dinero-mercancía no es compatible con la reivindicación de un “ingreso incondicional básico”¹⁸ o “dinero de subsistencia para todos” (*Existenzgeld für alle*). Contemplemos primero la problemática situación a la que trata de responder esta petición.

Los muchos, aquellos que a falta de tener otras fuentes de ingresos pudieran necesitar el dinero de subsistencia, se encuentran en esa situación de urgencia, porque el capital los considera no necesarios. Su exclusión de la producción de la riqueza proviene del uso de las fuerzas productivas que conviene al capital. Si tuviéramos máquinas automatizadas, no necesitaríamos esclavos, ya sabía Aristóteles. En la medida en que el capital dispone de plantas productivas automatizadas y computarizadas, necesita por unidad de riqueza material menos productores inmediatos, y el aumento relativo de otros grupos de tareas no compensa esta disminución en el marco del obrero colectivo. De otra manera no habría un impulso para una automatización tan cara. En principio, este proceso elemental no es nuevo. Cada desarrollo de la fuerza productiva liberó fuerza de trabajo. Esto toma en el capitalismo, por regla general, la forma de la liberación de las fuerzas de trabajo, es decir, de la pérdida de las plazas de trabajo. Mientras la expansión y la diversificación de la producción compensaban estas “liberaciones” creando nuevas plazas de trabajo, se aumentaba y se disminuía el ejército de reserva de los desempleados con el pulso de la coyuntura. Allí donde la flexible automatización alcanza la producción de los medios de producción, convierte este proceso en algo irreversible y el resultado se puede entender en términos de “desempleo *high tech*” (Haug 2004: 360). Justo en la medida en que el capital sale adelante con una menor masa de trabajo, para satisfacer las necesidades pagables, se reproduce una mayor masa de necesitados que no pueden pagar.

Aquellos que no forman parte de los ricos pueden vivir decentemente sólo gracias a que participan en ganar dinero. Pero las posibilidades de participación no son hoy solamente cualitativamente graduales, sino cuantitativamente limitadas. Hay significativamente más solicitantes que puestos. Este sobrante irá en aumento y el número de los sinnúmero crecerá en los barrios de miseria que sitian y penetran las megalópolis de la periferia y en menor escala las de los centros del capitalismo mundial. A esta necesidad de los que no pueden ser usados por el capitalismo responde la petición del dinero de subsistencia.

Imaginemos que el ingreso incondicional pudiera realmente lograrse. Hace pensar al despido del proletariado de la Roma antigua del rango de actor histórico. Como el antiguo *pan y circo*, el dinero de subsistencia ocuparía el vacío que debería ocupar la reinversión del trabajo social (cf. Haug 1999: 188-206). La monetarización del “anticapitalismo” tomaría en su lugar la forma de una integración capitalista mediada por el Estado. El dinero, un tipo de Harz IV generalizado lo daría el Estado, que lo recogería de los impuestos. El poder gastarlo se lograría por el funcionamiento del proceso del capital. Ganado en lucha en contra del capital, el ingreso básico en sí no sería anticapitalista.¹⁹ Uno no puede matar la vaca, cuando espera poder repartir su leche. Los no valorizados por el capital se convertirían en clientes del Estado, que a su vez los usaría ideológicamente en interés del capital, desviando su antagonismo contra el capital en antagonismos entre ellos en la lucha por la distribución.

La reivindicación del dinero de subsistencia es popular en la izquierda. La clientela que la apoya proviene de las capas sociales que son menos anticapitalistas porque se orientan al Estado social como un complemento compensatorio del capitalismo. Quizás las experiencias de la lucha por los ingresos básicos los van a politizar, sobre todo cuando tengan que darse cuenta que un dinero de subsistencia decente generalizado y emancipado de la coerción al trabajo, no se puede lograr con el capitalismo. Surgen varias preguntas: ¿se podría lograr sin el capitalismo? ¿Ya brincamos de nuevo la sombra haciendo de lado a la economía? o ¿ya lo sabemos todo y solo contamos con la ignorancia de la mayoría? En los ojos de Bertolt Brecht recaeríamos nosotros detrás de las condiciones fundamentales del éxito de un movimiento que persigue la transformación social, el cual debe abstenerse de “tratar con falsedad (el engañar táctico) [...] las capas alidades” (Brecht 1967, 20: 116).

El ingreso básico incondicional se entiende con frecuencia como “desmercantilización” (“*decommodification*”) de la fuerza de trabajo. ¡Reflexionemos un momento sobre este concepto! A muy pocos entre aquellos que creen hablar de anticapitalismo les queda claro, que la política social dentro del capitalismo se desarrolla en el marco de una “dialéctica de mercantilización y desmercantilización” y que “con la desmercantilización tanto históricamente como funcionalmente se da la mercantilización de la fuerza de trabajo” (Brütt 2001: 267), en el marco de medidas estatales que sirven a la estabilización del capitalismo.

El hablar de la desmercantilización mistifica con frecuencia las reivindicaciones de los movimientos que son interpretados en esta jerga. El hecho de que el “comercio justo” (*fair trade*), el cual implica las “compras de apoyo” correspondientes (que exigen precios un poco



mayores a los de la competencia capitalista) siga siendo *comercio*, llama la atención. También los millones de inmigrantes latinos manifestantes en los Estados Unidos en 2006 no pidieron la “desmercantilización de su fuerza de trabajo”. Al contrario, pidieron su emancipación del mercado negro de trabajo y su entrada en el mercado regular. Es decir, para aquéllos a los que se les impide participar con libertad e igualdad en el mercado de trabajo, luchan por salir de la “desmercantilización a medias” y de participar en la mercantilización sin obstáculos. El problema de aquellos que no tienen permisos de residencia y de trabajo, consiste justamente en que su forma de existencia criminalizada les permite a aquellos que les dan empleo bajar los precios a costa de una explotación intensificada, mientras que a aquellos que les rentan sus habitaciones se les permite subir los precios. Aunado al racismo informal, permite la ilegalidad formal el que el dinero haga diferencias en relación al vendedor y al comprador (en este caso el inquilino), y no como en el mercado regular de las mercancías, donde el dinero, como decía Marx “en su condición de nivelador [*leveller*] radical, extingue todas las diferencias” (Marx 1975,1: 161).

Tampoco el caso de la ocupación de empresas que el capital cerró y donde el personal despedido continúa la producción y donde se da esta extraordinaria e importante anticipación del producir con base comunitaria y autoadministrada, puede entenderse con el discurso de la desmercantilización. Por el contrario, se valoriza lo desvalorizado (es decir, se valorizan tanto las plantas de producción como la fuerza de trabajo de los implicados). Lo que se deja fuera es el principio de la ganancia, que está continuamente al acecho, para ofrendar el lugar y el personal si se presentan mayores posibilidades de ganancia. De otra forma funcionan los círculos de intercambio o trueque, con una larga y específica tradición en todos los países pobres, dentro de los cuales todos aquellos que no tienen lugar en la economía capitalista, practican con la ayuda de un tipo de “dinero de trabajo” su pequeña “economía de equivalencia” (Dieterich). “Dinero” y “mercancía” pierden en este caso su peso en tanto que formas de valor.

Las luchas contra la privatización de recursos, que fueron hasta ahora de uso general y gratuito (como son el agua y la selva, entre otros), hay que distinguirlas de las luchas contra la privatización de empresas estatales, cuyos productos ya estaban mercantilizados. Estas luchas se vuelcan contra su puesta en valor o mercantilización, es decir, en contra de la transformación de lo que hasta ahora era propiedad comunal en propiedad privada, así como de la conversión en mercancía de las porciones necesarias de los recursos en cuestión. Desde “abajo” se trata de continuar la lucha y el reclamo forzoso del derecho al consumo privado gratis de los recursos. Desde “arriba” por parte de los gobiernos o de los mecenas capitalistas como Douglas Tompkins,²⁰ se

trata, por el contrario, de dejar fuera del conjunto global de valorización, ciertas zonas de reservas, mismas que confirman la regla, mientras no le sirvan a la industria del turismo. En ambos casos, todo aquel que quiere esto o algo parecido no es la *superación* del carácter mercantil capitalista, sino su *limitación*. En el primer caso se admite la continuación de la explotación no mercantilizada de la naturaleza, mientras que en el segundo se trata de ponerle límites al capitalismo, para retomar una metáfora de Karl Polanyi, de “empotrarlo” social y ecológicamente (*embedding*). Un movimiento que tiene esto como meta, critica al capitalismo salvaje, pero no al capitalismo como tal. Su posición puede ser la de un inteligente procapitalismo, cuya crítica al capitalismo no va en contra del capitalismo como tal, sino de sus deformidades y de su falta de sustentabilidad que se presume poder solucionar de forma intracapitalista.



Pero, ¿no se deduce la perspectiva de “la desmercantilización de la vida y del trabajo” (McNally) de la crítica de Marx al carácter de fetiche de la mercancía? ¿No se tiene que luchar en su contra? Haciendo estas preguntas se topa uno con el problema de que no se puede luchar —al menos no directamente— en contra del carácter de fetiche de la mercancía, ese “poder de las obras hechas sobre los autores” (Haug 1978: 250)²¹. Aquí se puede recordar un punto de vista a primera vista sorprendente, que Lenin durante sus estudios sobre el imperialismo tomó de un artículo del *Weltwirtschaftliches Archiv* de 1910, “el que un combate directo del imperialismo sería inútil, a menos que uno se concentre en manifestarse contra algunos excesos especialmente abominables” (Lenin, 39:14). Lenin subraya esta cita doblemente y añade el comentario en el margen “!!N[ota] B[ene]!!”. Cuando el capitalismo en un periodo de desarrollo especial se manifiesta imperialista y esto, como lo dice Lenin en su escrito sobre el imperialismo, significa “reacción en toda la línea”, no se puede combatir sólo esta manifestación, sino al capitalismo. Cuando por el contrario, un movimiento antiimperialista frente a la “inseparable relación del imperialismo [...] con los fundamentos del capitalismo” cierra sus ojos, se limita en la mirada de Lenin a una “oposición económicamente reaccionaria de fondo, pequeñoburguesa, reformista” (*ibid.*). Ahora bien, combatir el “contexto total” de la “dominación sin sujeto por la socialización del valor capitalista” (Wolter 2001) no puede ser posible. Se puede atacar sólo a través de una cadena que a primera vista parece interminable de “puntos de paso intermedios” y de mediaciones, entre la cuales las peticiones no capitalistas como la de un dinero de subsistencia tienen su derecho, siempre y cuando no sean “económicamente reaccionarias”.

Con esto aterrizamos de nuevo en nuestra pregunta del *cómo* y del *hacia dónde* de la superación del capitalismo. La crítica del carácter de fetiche de la mercancía abre la perspectiva para colocar en lugar de la

socialización mercantil del trabajo, la autosocialización de los productores. Ésta exige una respuesta a la pregunta, ¿cómo puede imaginarse esto en las condiciones actuales? Nosotros no podemos decir, como los comunistas de la guerra después de 1917, que sin más vamos a acabar con las relaciones mercancía-dinero. Junto con el dinero anulado en su poder de compra y con la forma de la mercancía, desaparecieron entonces también los alimentos que esta forma cautivó. ¿O deberíamos retirarnos en comunas campesinas a la Rudolf Bahro, es decir, socializarnos de una forma que acabe en una desocialización? Eso le garantizaría la sobrevivencia sólo a una parte mínima de la población mundial, y esto a un nivel extremadamente reducido y a costa de las posibilidades de desarrollo de los individuos. Esta respuesta no puede ser la nuestra. Pero, ¿cuál entonces? La negación abstracta y total del capitalismo abre un espacio alternativo igualmente total y abstracto. Mientras este espacio se quede vacío, se va a convertir en un costado abierto, en el cual pueden entrar todas las ideologías posibles. Cuando los anticapitalistas actuales, “se olvidan en su mayoría de la producción” —como dijo Nadja Rakowitz en el congreso sobre el comunismo en Frankfurt 2003— y los críticos de la globalización son socialistas del reparto, entonces se hace patente una incoherencia en el proyecto “anticapitalista”. En el retrabajar esta incoherencia tendrá que medirse la madurez del actual “movimiento de movimientos”. Consideramos que el anticapitalismo se concretiza en un bosquejo de estadios de transición políticos y sociales y de la convicción de una organización alternativa del trabajo social y de su distribución en el nivel de una comunidad mundial, altamente diferenciada, que trabaja a la par de fuerzas de producción científicas.

6. Un monstruo, pero monstruosamente productivo

En el proceso que en junio de 2007 trajo consigo la fundación del *Partido de Izquierda* en Alemania fue indiscutible que este iba a ser crítico del capitalismo. Pero hubo objeciones en contra de establecer programáticamente el “anticapitalismo”. Wolfgang Gehrke, uno de sus parlamentarios, se sorprendía, “cómo puede uno estar a favor del [...] socialismo democrático, cuando no quiere estar en contra del capitalismo, es decir, no ser anticapitalista”. Similarmente lo expresó la escritora Daniela Dahn, para quien el “socialismo democrático” sería “la ruptura con la dominación del capital legitimada democráticamente” (2004). Pero, ¿cómo se “rompe” con la dominación del capital? Y qué podría movilizar a una mayoría de la población para votar a favor de una ruptura, cuando no hay ninguna alternativa cercana de una forma de organización social para obtener lo necesario para vivir?

En cuestión de socialización no se puede llenar el vacío sin la teoría marxiana del capital. Y esto por un motivo que a primera vista puede parecer paradójico. Marx no deshecha lo criticado fácilmente,

sino que nos permite entender su productividad histórica. Del capitalista se dice en *El Capital*: “Como un fanático de la valorización del valor, el capitalista *constríne* implacablemente a la humanidad a *producir por producir* y, por consiguiente a desarrollar *las fuerzas productivas sociales* y a crear *condiciones materiales de producción* que son las únicas capaces de constituir la *base real* de una formación social superior cuyo principio fundamental sea el desarrollo pleno y libre de cada individuo” (Marx 1975, 22: 731).

Uno puede comparar con esto los discursos anticapitalistas del presente: aquí se suele hablar de “la locura enfermiza del sistema global” (Harman 2000) o se dice con Susan que el capitalismo con sus “empresas transnacionales y sus ilimitados movimientos financieros”, “ha alcanzado el estadio de un tumor de cáncer maligno y que continuará devorando y destruyendo todos los recursos humanos y naturales”. Tales discursos caracterizan un *anticapitalismo desamparado de las palabras fuertes*. Ninguna sorpresa que Susan George declarara más tarde: “tengo que confesar, que no tengo la más mínima idea qué pudiera significar en el comienzo del siglo xxi la expresión ‘derrumbe del capitalismo’ (Callinicos 2004).

El diagnóstico de tumor de cáncer, tomado en serio, exige una extirpación inmediata. Aquí se truena la sonora metáfora como una burbuja de aire. Susan George no hubiera podido decir que no tenía la más mínima idea de lo que pudiera significar la extirpación clínica de un tumor de cáncer. Porque la denuncia verbal del capitalismo sólo oculta los problemas que plantea su superación concreta, aunada a la retirada reformista del anticapitalismo en el antineoliberalismo. Ciertamente hay razones para esta retirada que, tal vez, puede llevar a un nuevo punto de partida. En este caso, hay que nombrar claramente estas razones. Los zapatistas, de los cuales, a mediados de los años 90 muchos alemanes “por primera vez escucharon conscientemente este nombre: Neoliberalismo” (cf. Haug 1999: 171), buscaron en su débil posición, el más amplio eco. No proclamaron el anticapitalismo, sino la lucha contra el neoliberalismo. No proclamaron la abolición del mercado, sino demandaban la construcción de carreteras, para que las campesinas pudieran llevar sus productos al mercado con más facilidad. Sólo de esta manera pudieron llegar a ser pioneros del nuevo movimiento global anticapitalista. Se les objetó que su antineoliberalismo pedía sólo otra administración del capitalismo. ¿Se puede dividir la crítica al capitalismo del anticapitalismo, como alguna vez la reforma de la revolución? “Ahora somos más fuertes”, se dice en la declaración del XIII aniversario de la rebelión zapatista. “Y decimos que es una lucha anticapitalista y de izquierda, porque mientras algunos quieren otro gobierno, queremos nosotros cambiar nuestro país y nuestro mundo” (1 de enero, 2007). John Holloway (2003) muestra el precio que este mismo anticapitalismo exige de la teoría del



capitalismo. Un concepto del “capital” mitificado reprime el concepto científico del capital, como una relación social específica y coloca al “poder” como tal en su lugar. Ahora se puede afirmar “que la lucha por el poder es un método capitalista” (819). Desde el extremo contrario lo contradice incisivamente Heinz Dieterich afirmando que “toda la política es una lucha por el poder”, y que el pensar en una transición a una “civilización anticapitalista” sólo es posible “cuando el ejército burgués esta vencido” (2007). Aquí una verdad compleja y contradictoria se ha escindido en dos unilateralismos igualmente parciales.

Holloway parece identificar la política reducida del capitalismo con la política en sí. Esto prohíbe una política anticapitalista, ya que Holloway se coloca en una relación simétrica a ella y, al mismo tiempo en su contra, declarando que “necesitamos entender nuestra lucha como antipolítica, simplemente porque la existencia de lo político es un momento constitutivo de las relaciones capitalistas” (819). Lo que aquí se contesta esencialmente, mediante el extremo opuesto, es la dialéctica pasiva, a la que nos entregamos “cuando participamos en lo político, sin cuestionarlo como una forma de actividad social” (818). Porque, de hecho, dentro de la acción crítico-política, la *forma*, como dice Wolf-Dier Narr, “supera materialistamente” al *contenido*, lo cual exige la reflexión permanentemente crítica de “lo adecuado de la meta y del proceso de su propia organización” (1980: 149s). En Holloway se coagula esta flexión hacia atrás de la mirada sobre sí mismo en una contraesencia negativa. Para “liberar el hacer y el pensar de los encajonamientos en los cuales el poder capitalista los mantiene atrapados”, la lucha tiene que “orientarse en contra del definir en sí mismo” (817). Esta demanda de formas que hagan posible expresar “nuestra negativa, nuestro NO al capitalismo”, se vuelca en contra del concepto de revolución. La conocida fórmula de Bernstein del reformismo, “la finalidad no me importa, el movimiento es todo”, aparece súbitamente en el antipolo en la fórmula según la cual “el estar en contra, es la revolución misma” (813). Holloway les atribuye esta perspectiva a los zapatistas, dejando de lado su política comunitaria concreta del buen gobierno en los pueblos lacandones, en favor de su fórmula: “ellos nos invitan a andar un peligroso y vertiginoso camino que nadie sabe a dónde lleva” (816).

Tras este filosofema se esconde una seria ambigüedad que no puede ser dejada de lado, porque expresa nuestra condición de vivir en una “época de ambivalencia”, como Peter Weiss ha dicho. Una de las formas que asume esta ambivalencia es la siguiente: la lucha contra el capitalismo, tal como él es ahora, se orienta primeramente a un capitalismo regulado social, mundial y ecológicamente. Un anticapitalismo absoluto, que quiere desterrar por completo el reformismo, se expulsa con esto del mundo. Es probable que el

escenario que Susan George imagina tenga razón en contra del vacío del radicalismo verbal que implican consignas que abogan por un inmediato “derrumbamiento del capitalismo”: “Quizás”, dirá la George, —experimentemos un día— lo que el filósofo Paul Virilio llama “el accidente global”. Cuando llegue a ocurrir, traerá consigo seguramente un inconmensurable dolor humano. Si los mercados financieros y bursátiles de pronto y simultáneamente llegaran a derrumbarse, se quedarían en la calle millones de personas a consecuencia de las quiebras de pequeñas o grandes compañías; los cierres de bancos sobrepasarían los medios que los gobiernos necesitarían para evitar la catástrofe; la inseguridad y la criminalidad se extenderían y nos encontraríamos en un infierno hobbesiano de la guerra de todos contra todos. Llámenme una reformista —si ustedes quieren—, yo quisiera evitar un futuro semejante así como está preprogramado en el futuro neoliberal (88s cit. Callinicos).

Aquí se sustituye el afán de una alternativa a la forma de producción capitalista por la demanda de un cambio de paradigma del tipo que intenta regular y domesticar (*embedding*) al capitalismo mundial. Pero este “reformismo del esquivar” no es inmune a huir involuntariamente de la tormenta para entrar en una tromba desconocida por ahora.

Una fuerte dicción con significación débil adorna el discurso de los “*Killing Fields*” (campos asesinados) en el título de un número de la revista alemana *ProKla*. La primera columna del editorial se ocupa de los “*Killing Fields*” de la masacre del Pol Pot como “uno de los genocidios más tremendos del siglo xx”. A continuación el texto se ocupa del capitalismo, como si el horror polpotista hubiera salido de éste y no de uno de los terrenos de la izquierda. Por ningún lado aparece la sombra de la idea de la siguiente pregunta a retrabajar: “¿Se puede pensar esto como el resultado de la locura de un grupo militante que pasó sobre cadáveres cuando se trataba de realizar su utopía de una sociedad campesina radicalmente igualitaria?” (*ProKla* 2 2006: 148). Esta pregunta desconoce, además, la concepción anticapitalista que impulsó el proceso homicida de los “*Killing Fields*”. A esta cabeza de león verbal sigue una cola de ratón: “el capitalismo significa producción para mercados, donde las empresas pueden producir y distribuir cosas, que pueden ser útiles o dañinas” (151). Detrás de la fuerte dicción de “los ‘*Killing Fields*’ del capitalismo”, aparece finalmente la siguiente idea: mientras la realización de la utopía comunista llevó al genocidio del propio pueblo por el Khmer rojo, se pueden evitar tales catástrofes en el capitalismo, porque este no tiene utopía a realizar y puede ser civilizado. Elmar Altvater proclama en el mismo número de esa revista la “defensa del trabajo, la naturaleza y el dinero”; es decir, coloca en su bandera la fórmula trinitaria que condensa la estructura y la ideología del capitalismo.



Para una defensa de los tres factores hay buenas razones inmanentes al capitalismo. Sin embargo, serían las políticas de reforma, como la “regulación del dinero” a través de “modernos bancos centrales y oficinas de control financiero”, más bien “aceite” en lugar de lo que Altvater quiere decir, “arena, en los motores de los molinos del diablo de los mercados desregulados” (2006: 167), justo porque su “regulación” retiene su dinámica de destrucción y autodestrucción. También el llamado a “una nueva forma de articulación de la economía local, regional, nacional y de las instituciones del mercado mundial” (Altvater 2005: 208) o la petición de que en la “investigación científica [debiera] promoverse e invertirse capital —desde luego de otra forma a como ocurre hoy día” (Harman 2000), se quedan en la inmanencia del capitalismo.

De otra forma revoca al anticapitalismo el denunciar las deformaciones capitalistas. Cuanto más graves éstas son, cuanto más inocua se puede hacer la denuncia para el sistema en general. Recordemos la quiebra cataclísmica de la empresa energética Enron, el séptimo consorcio de los Estados Unidos. Cuando estalló la crisis, la cúpula dirigente “se deshizo antes del colapso total de acciones con el valor de más de mil millones de dólares, y al mismo tiempo les impuso a sus empleados una prohibición de vender, mientras su cuenta de pensiones se reducía”. Así lo describe el periodista Jordan Mejías (2002) de *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, el periódico capitalista de Alemania *par excellence*. Y continúa: “En el país más puramente capitalista del mundo debería fungir este escándalo como pieza didáctica anticapitalista, cuyo grado de polémica no hubiera podido imaginarse un Bertolt Brecht”. ¿Pero, entonces, por qué quedó bloqueado el efecto anticapitalista? Recordemos que Machiavelli nos enseña que los escándalos, justo porque se pueden hacer públicos, son indispensables para la reproducción del sistema de dominación. Por lo tanto de lo que se trata es de anclar la crítica en “el promedio ideal del sistema” (Marx). El público se puede impresionar fácilmente cuando uno parte del extremo: “El ‘nuevo Imperialismo’ del siglo *xxi* es una economía de la expropiación” (Altvater 2006: 165, haciendo referencia a Harvey 2005). Lo que se puede temer es que esta impresión no es duradera. El que “la acumulación del capital [...] nuevamente [se funde] más bien en la expropiación que en la producción de plusvalía” (Altvater, *ibid.*) no coincide con la hambruna en relación con el trabajo barato, que lleva en cadena a los consorcios transnacionales a China o Vietnam, y tampoco coincide con el productivismo y consumismo dominantes. Así como el escandalizar las deformaciones evita la crítica de la normalidad, de la misma forma ocurre la desviación de la crítica a los Estados Unidos del capitalismo mundial como tal, cuando el estado actual del mundo se describe como “barbarie”, “que surge de un solo país poderoso; de los EUA” (Foster y Clark 2005: 499).

7. Del “nosotros” en la teoría

La pregunta que motiva el campo del anticapitalismo, la formuló Wolf-Dieter Narr de la siguiente manera: “¿Cómo pueden los intereses encarnados en el sistema existente de tal manera ser mayoritariamente retomados y desarrollados, que un movimiento de masas [...] pueda realmente convertirse en un poder de cambio político?” Y continúa:



Este dilema lo dejan peligrosamente de lado todos aquellos que, como Rudolf Bahro, ven en la ecología y una “nueva conciencia” [—que no describen claramente—] la “capacidad” [representada desde luego por los intelectuales suplentes y sabelotodos] de presentar a la gran mayoría de la sociedad un proyecto general alternativo. (Bahro 1980)

No sorprende que para estos profetas de salvación total, todas las “cuestiones de organización” aparezcan como algo “derivado o secundario”. (Narr 1980: 159).

Dentro de estas preguntas se encuentran las de dirigencia, las del análisis fundado teóricamente de la realidad y las de los sujetos, así como las de la estrategia fundada en este análisis.

Si siguiendo a Holloway rechazamos el poder en sí mismo y con él la dirigencia y la teoría, nos enredamos en la autocontradicción de todos los teóricos de la inmediatez. Esto se anuncia ahí donde Holloway dice sobre la relación de su discurso con el discurso zapatista: “Yo les coloco palabras en su boca” (2003, n. 4). De la misma manera como la idea de la abolición de la dirigencia formal se convierte en la dirigencia fáctica incontrolable, así se convierte la autoabolición del teórico como tal en la teoría incontrolada: “La revolución”, le deja decir Holloway al comandante Tacho, “es una clase en una escuela que aún no ha sido construida” (816). ¿No hay ni siquiera una biblioteca?, ¿no hay maestros?, ¿no podremos estudiar el saber acumulado sobre el capitalismo, sino que vamos a practicar directamente “un repudio más profundo del capitalismo” (ebd)? Sin duda, siempre estamos obligados de cierta manera a caminar sin guía. Pero lo hacemos en un universo múltiplemente interpretado y rico en indicadores. El mensaje que conjura un “nosotros” homogéneo, en el que no penetra ninguna división del trabajo, lo escuchamos de la boca de intelectuales cuya especialización es producto de la división del trabajo *par excellence*, porque, como dicen Marx y Engels en *La ideología alemana*, “la división del trabajo se convierte realmente en división sólo en el momento en que ocurre una división entre trabajo material y trabajo intelectual”. Los intelectuales, quienes se hacen invisibles en tales discursos, reclaman la dirigencia justo con frases como: no es necesaria la dirigencia. De forma análoga rigen también sobre la teoría. Dieterich nos aclara, que la teoría es “desde el punto

de vista de la dialéctica, siempre una ‘*just-in-time production*’”. Su contrincante Holloway la expulsa —en palabras, no en los hechos— de su mundo: “Nosotros estamos obligados a hacer nuestro propio camino, en el que sólo nos guía la estrella de la utopía” (*ibid.*). Ésta es la estrella de la historia de los tres reyes magos y para nada la estrella roja de la utopía concreta. El proyecto zapatista del subcomandante Marcos, interpretado por él de esta manera —cuyo carisma se nutre no sólo de su luchar contra el carisma de un líder— se hubiera hundido hace mucho, si sólo se dejara guiar por la “estrella de la utopía”.

Como los intelectuales del marxismo-leninismo que no debían ser intelectuales, así los líderes de la inmediatez fetichizada no son ningunos líderes y su teoría no es teoría. Cada uno de estos puntos del desvanecer marca uno de los lugares de fractura, donde siempre de nuevo “la teoría que debería dirigir la acción [se convierte] en ideología que bloquea la acción” (Narr 1980: 152). El nosotros del discurso tiene que salir de su escondite al espacio abierto. *Komm ins Freie, Freund!* (Hölderlin) Sin mentir se logra esto, sólo cuando su legitimidad sea de intelectual —o sea de dirigente— tiene reconocimiento.

8. “¿Cerrada la cortina y todas las preguntas abiertas?”

Capitalism will change and, ultimately, be displaced, only if overwhelming pressure is applied by the majority. Failing that, capitalism may persist indefinitely, in spite of its rising human and environmental costs.

ALFREDO SAAD-FILHO (2002)

El que quiere conducir a un posible “mundo diferente” tiene que conocer al mundo tal cual es, porque justo en este mundo es donde intenta conducir. Tener conocimientos no es suficiente. Tienen que retribajarse para convertirse en saber. Sin ocuparse de la teoría marxiana del capitalismo, no puede haber una idea clara del núcleo de socialización de una alternativa progresista al capitalismo. Las revoluciones anticapitalistas “contra *El capital*”, que el joven Gramsci todavía creía posible, fracasaron todas tras los éxitos del comienzo. ¿No tendría uno que añadir que un rechazo sólo moral del capitalismo, no sólo no aterriza en el terreno de la historia materialista, sino que será integrado ideológicamente de cualquier forma?

Así como cuando el procapitalismo sin conocimientos sobre *El Capital* se condena a la ceguera, de la misma forma el reformismo sin el saber de *El Capital* se condena a la ilusión; mientras que el anticapitalismo amenaza con impulsar formas de producción regresivas que consumen mayores cantidades de trabajo. *El Capital* de

Marx es “también hoy una copia de carbón”, como lo formula Karl-Heinz Roth de forma extraña, “de la cual se podría hacer un pequeño grupo de gente inteligente, que pudiera formular de nuevo una crítica de la economía política, en el nivel de colisión actual entre empresas que operan transnacionalmente y la clase obrera que está expuesta a los mecanismos mundiales de competencia” (2005: 50).

Ya que el capitalismo, como se podría decir con Brecht, “monopoliza el hacer de lo útil”, no puede ser rechazado en su totalidad. Ha tomado lo productivo de la sociedad como rehén. La tarea consiste, entonces, en quitarle esta parte integrante, o para quedarnos en esta imagen, liberar al rehén sin ponerlo en peligro. De otra forma aterriza uno en la posición de aquellos que Marx en su tiempo llamó los “contrarios”, *die Gegensätzlichen*, porque se oponían al capitalismo de forma no dialéctica y por lo tanto querían abolir el sistema junto con sus frutos: “Comparten en eso —si bien desde el polo opuesto— con los economistas [burgueses] la torpeza de confundir la forma antagonista de ese desarrollo con su contenido mismo. Los unos quieren eternizar el antagonismo por razón de sus frutos. Los otros están decididos, para deshacerse del antagonismo, y a sacrificar los frutos que crecieron en esa forma antagonista” (*Teorías de la plusvalía*, 21: 2). Este tipo de anticapitalistas se presentan por tanto “ascéticos” (*ibid.*).

Hoy día se presentan con “variaciones sobre el bajarse [del sistema] y del ascetismo” (Krysmanski 2001). De hecho, visto históricamente, ofrecen el capitalismo y la democracia, —como lo formuló claramente Rosa Luxemburgo en el debate sobre el revisionismo— “junto con los *obstáculos* las únicas *posibilidades* de realizar el programa socialista” (W 1/1). En lo que toca a la democracia “es necesaria e indispensable para la clase obrera [...] porque ella crea formas políticas (autoadministración, derecho al voto, y semejantes), que servirán de asiento y puntos de apoyo”; además “porque [...] sólo en la lucha por la democracia, en la práctica de sus derechos, puede el proletariado llegar a obtener la conciencia de sus intereses de clase y de sus tareas históricas” (*ibid.*). Proletariado —a primera vista uno de los conceptos más anticuados— es, tal vez, el más actual, porque salta todas los límites nacionales, étnicos y de género e incluye a los marginalizados y excluidos de igual manera como al núcleo de los trabajadores, a la inteligencia técnico-científica y a todos los pseudoindependientes. Ellos no lo saben, pero lo son. Ellos podrían —de una forma distinta a ahora— reunirse por sí mismos. Esta posibilidad, por ahora lejana, podría fundar la posible realidad del anticapitalismo.

En la medida en que los discursos retóricos pasan de lado esta condición real, señalan con sus posiciones de explicación simple un camino que pudiera parecer en principio más fácil a recorrer. Cuando



se fracasa, ya estarán en otro sitio y haciendo como si lo supieran de antemano. Producen la protesta como humo de paja, convencen en lugar de aclarar. Walter Benjamin los provoca con su aforismo: “Persuadir es infértil”. (*Einbahnstrasse*) Encubrir contradicciones que amenazan dividir un movimiento es un deseo comprensible. Pero comprender aquí no es perdonar. Para que las contradicciones no dividan un movimiento es necesario, como decía Brecht, “el poder operar con antinomias” (Brecht 1989, 21: 578). Para poder practicar ese arte dialéctico de la política en el campo anticapitalista, uno tiene que estudiar las antinomias y trabajar para saber en qué forma regresan cuando se las reprime retóricamente. Se podrá ver que ninguna de las políticas reformistas, pero tampoco ninguno de los ataques en apariencia revolucionarios, son falsos en sí, sino que su unilateralidad y su fijación paralizadora del movimiento los hace falsos. Eso lo comprendió Rosa Luxemburgo con mucha claridad: “El parlamentarismo como el único [*alleinseligmachend*] medio de lucha política de la clase obrera es igualmente imaginario [*phantastisch*] y por último reaccionario, como lo es el sólo apostar a la huelga general o x a la barricada” (W 1/2: 247).

En la medida en que los cuestionamientos sobre una forma de socialización, ya no antagonica y de despojo de la tierra, se insertan en la agenda, comienza el anticapitalismo a perder su carácter alegórico de significar cada vez algo diferente de lo que dice. A sus teóricos que no se agotan en *just-in-time* les corresponde la tarea de retomar los debates interrumpidos sobre la planificación económica democrática. Computadoras e Internet proporcionan entretanto la base técnica para formas de socialización descentralizadas y flexibles de producción y distribución. Sin tomar un vuelo teórico se queda todo en retórica. La pura proclamación de que uno está a favor del socialismo se convierte en fachada discursiva, detrás de la cual se oculta alguna variante del capitalismo reformista. No sería lo peor. Pero la pura proclamación “*for an anti-capitalist, socialist world*” (Intern. Soc. Resistance) parece intentar permanentemente mantener unido a un ejército político de pie, al cual no se le confía la capacidad de ver de frente las relaciones de fuerzas. Nunca entrará en función y se va a dispersar siempre que tome conciencia de esto. Los reformistas anticapitalistas se van a enganchar regularmente al capitalismo.

Nosotros no debemos liberar al anticapitalismo de la carga de mirar de muy cerca el contexto de las mediaciones. Y mucho menos con el argumento de que no sea adecuado para movilizar. Lo contrario es correcto. La capacidad de acción anticapitalista se decide en las mediaciones políticas,²⁹ en las soluciones de transición y en las reivindicaciones que empujan hacia adelante. Si se aplican como tales, las metas reformistas como el ingreso básico o la concentración de la crítica al neoliberalismo, pueden contribuir a romper el hechizo de lo

existente. Lo decisivo es la capacidad para la negación determinada, que sabe a dónde quiere llegar y en qué elementos de lo nuevo se ancla y con quién se alía. Cuando no se trata de llegar a la “liquidación en lugar de la superación” ni a “la negación formal en lugar de la negación determinada” (Horkheimer y Adorno 1948: 231), tengo que tener en mente no sólo el *terminus a quo*, aquello contra lo que lucho, sino también el *terminus ad quem*, el *para qué* y *hacia dónde* de la crítica. La mediación más importante, que hay que esforzarse para lograr una y otra vez, es aquella entre las metas cercanas y las metas lejanas. Esto traduce la idea de Rosa Luxemburgo de una “*Realpolitik* revolucionaria” cada vez de nuevo en lo actual y concreto (véase Frigga Haug 2007, cap. 2). Esto se acredita cuando en lo próximo aparece lo lejano. ¿Cuándo, si no ahora, deberemos lograr lo que en Luxemburgo se llamaba “meta final”, *Endziel*? La mediación que nos tiene que importar a nosotros, no es un aplazamiento, sino la que está penetrada por la idea de que no hay ninguna batalla final. Conceptos centrales como los de la asociación solidaria del los productores, de los cuales se puede exigir “el dejar la tierra en un mejor estado a las generaciones posteriores” (Marx, *El capital*, v. 3, cap. 46), son indispensables y su aplicación práctica comienza en medio del presente.



Notas

- ¹ Contribución al Seminario Internacional de Pensamiento Crítico, Teoría y Praxis Política Latinoamericana, UNAM, del 22 al 26 de octubre, 2007.
- ² En el proceso de fundación de la Asociación de los Movimientos Populares de Oaxaca (APPO) lo más fácil era lograr un consenso en torno a que su actitud sería anticapitalista. “Pero no hay un consenso claro sobre que eso significa” (Esteve 2007: 94).
- ³ Cito el libro primero del *Capital* en la traducción de Pedro Scaron.
- ⁴ Apoyado en el concepto de “revolución pasiva” de Gramsci, desarrollé, desde 1984, el concepto de “dialéctica pasiva”, “cuando sus formas nos dominan traicioneramente”: “Mismo si el moverse en contradicciones no puede evitarse, puede tomar muy diversos significados, dependiendo de nuestra forma consciente o inconsciente de manejarlo. [...] Nosotros miramos hacia atrás y vemos los vuelcos inesperados [en el sentido como usaron este concepto Lenin y Brecht], a las unidades paradójicas de contrarios en lucha, o a la absurdidad de esencias que se creen sólidas, etc”. (52) Así como al practicar el *surf*, de lo que se trata es de galopar en la cresta de la ola para no ser tragados por ella, de la misma manera se trata en el arte dialéctico práctico, de vivir y de luchar, de no dejarse sucumbir por las contradicciones, sino de transformarlas en fuerzas de movimiento calculadas.
- ⁵ “Una tal sustitución no es evidentemente nada nuevo”, añade Lenin, “ya se podía contemplar en la historia de la filosofía clásica griega” (*ibid.*).
- ⁶ Como “anticapitalismo desamparado” ataca Wolfgang Sofsky (2004) la crítica moral al capitalismo. “Se toma muy en serio a la economía como una institución de moralidad,

se burla de la avaricia del personal directivo, se apela al amor a la patria de las *Charaktermasken* [Manuel Sacristán traduce ese concepto marxiano muy bien con ‘máscaras o caracterizaciones’] y se exige —como lo fue en el comienzo del movimiento del movimiento obrero— el salario justo” Como es común bajo el neoliberalismo, Sofsky declara la intervención del Estado como el problema principal, para luego obligar a sus destinatarios a aceptar la situación. En ello integra elementos de crítica al capitalismo: “El motor de la forma de producción capitalista es la rivalidad. Incesantemente revoluciona ella la economía desde adentro y no sólo a través de la competencia por precios y compradores, sino sobre todo a través de la lucha por nuevas tecnologías, fuentes de abastecimiento y formas de organización. El desarrollo capitalista es un proceso de destrucción creativa. El crecimiento cuesta pérdidas, el progreso implica revuelta. Se puede disponer de todas las condiciones comerciales. Cada rejuvenecimiento significa el fin de los viejos productos, del saber antiguo y del personal de antigüedad. Aquel que no sigue la consigna obstinada de aumentar la ganancia, tiene que irse tarde o temprano [...] Trabajo duro, responsabilidad, sentido comercial, especulaciones riesgosas, la prostitución de todos los talentos, esto a veces se compensa con dinero y a veces no. De todo esto, no se deduce, que habría que acabar con el mercado, sino que nadie por su origen o su carencia de poder mercantil debe estar excluido de la oportunidad. No la justicia sino el tener la oportunidad de participar es el principio de los mercados libres”. Aquí se puede observar cómo la ilustración marxista se vuelve cínica y se pasa a los batallones más fuertes, aquéllos del capitalismo.⁷ “El consumismo”, reclama el ex presidente de Portugal, Mario Soares, “se extiende en países pobres y con horrenda desigualdad. Y con él, la irresponsabilidad, la pérdida de los valores, la corrupción en todos los niveles, la desvergüenza, una forma de vida, que se consume en lo inmediato, sin relación con el pasado y sin dirección hacia el futuro” (2007).

⁸ La proximidad del límite histórico del capitalismo se hace patente cuando aumenta la cuota de las víctimas del capital que la ganancia del capital sobreviviente exige. Esto como consecuencia “de la creciente edad de la producción capitalista”, que Marx creía poder leer en la combinación orgánica del capital y de la tendencia decreciente de la ganancia media (véase Marx 1956ff, 24: 469). ¿Se podría también deducir al contrario, que cuando la cuota de destrucción de capital aumenta, se aproxima este límite? Esto significaría que este límite histórico acompaña al capitalismo como una sombra desde su comienzo. Justo las épocas de innovaciones se caracterizan por una marcada destrucción de capital. La fiebre de fundar nuevos negocios destruye continuamente enormes sumas de capital. En este sentido sería la “economía de la expropiación” — que Harveys fundamenta de otra forma— una tendencia permanente.

⁹ Véase el cuaderno doble de la revista *Das Argument* 268, *Großer Widerspruch China* (“La gran contradicción China”) núms. 5/6, 2006.

¹⁰ “La institución del partido centralista del Estado es un sarcasmo frente a todo lo que se llegó a pensar alguna vez sobre el poder del Estado” (Adorno 1969: 55).

¹¹ En una conferencia en la “universidad marxista” en Estocolmo.

¹² Lenin no cita en este contexto a Marx, sino el *Anti-Dühring* de Engels: “*El proletariado toma el poder del Estado y transforma en primera instancia los medios de producción en propiedad del Estado. Y con esto se eleva el proletariado como tal y suprime todas las diferen-*

cias y las oposiciones de clase, y supera entonces también al Estado en cuanto tal". (Marx 1956ff: 20, 26) Para Lenin se deduce de ello "el que el 'poder represivo específico' de la burguesía contra el proletariado [...] tiene que ser sustituido por un 'poder represivo específico' del proletariado contra la burguesía" (*ibid.*).

- ¹³ El "planteamiento social del comunismo originario", el "comunismo de la inmediatez", "la pura inmediatez sin dinero, Estado, derecho, política, ganancia [...]" se ha convertido en algo absurdo en la inmediatez del ejercicio del poder estalinista" (Rainer Land en un documento donde formula algunas tesis con la fecha "noviembre, 1989", durante el hundimiento de la Alemania Democrática). El criterio para cualquier alternativa socialista lo entendía Lang de la siguiente manera: "Una economía socialista es aquella, la cual se regula y organiza a través de un sistema de comunicación público y democrático" (citado por Haug 1990: 212 y 214). Aquí comienzan las grandes preguntas sobre un nuevo "¿cómo hacer?", que hasta hoy han quedado abiertas y que no se han vuelto a discutir con seriedad.
- ¹⁴ Si en Venezuela hay otras perspectivas es porque hay ganancias de la exportación de petróleo a repartir. Esto no se puede generalizar. Tampoco es mejor la idea de que un país como Brasil podría a corto plazo "romper con el FMI, con la burguesía industrial y con el sector financiero" (Zibechi). Aquí se ponen en juego ilusiones revolucionarias que borran las relaciones de fuerzas.
- ¹⁵ Este programa adopta el nombre de Peter Harz, quien era asesor del gobierno de Gerhard Schröder y después fuera acusado de corrupción y condenado. "Harz IV" es la denominación popular del dinero de subsistencia, el cual en Alemania se paga a aquellos que tienen mucho tiempo sin empleo. Se cotiza para solteros, aproximadamente en 347 euros mensuales.
- ¹⁶ Apoyándose en Fredric Jameson, Krysmanski (2001) opina que "la lógica del sistema mundial de capitalismo tardío [...] es antes que nada cultural" y, a saber, ésta es la de la 'postmodernidad' ". "Si queremos tener una imagen de las posibilidades de un anticapitalismo *high tech* que se merezca este nombre, tendremos que pensar y argumentar en contra del nuevo postmoderno capitalismo de alta tecnología" (*ibid.*). El núcleo fuerte de la socialización del trabajo se deja de lado, en vista de la virtualización y la aparente "inmaterialización" de lo económico que le corresponde al medio Internet. Por el contrario, sería central la construcción de una perspectiva de uso social de la forma de producción altamente tecnológica.
- ¹⁷ A los que no aceptan esa "posibilidad teórica": "¿acaso ha tenido Rusia que pasar, lo mismo que el Occidente, por un largo periodo de incubación de la industria mecánica, para emplear las máquinas, los buques de vapor, los ferrocarriles, etc.? Que me expliquen, a la vez, cómo se las han arreglado para introducir, en un abrir y cerrar de ojos, todo el mecanismo de cambio (bancos, sociedades de crédito, etc.), cuya elaboración ha costado siglos al Occidente?"
- ¹⁸ Los Verdes del Estado alemán de Baden-Württemberg (que son de izquierda) decidieron en su congreso del 14 octubre de 2007 incorporar esa reivindicación en su programa. Intentan un cambio de sistema en la política social. Según ese modelo, cada adulto debe recibir 420 €, cada niño 300 €.
- ¹⁹ Algunas fracciones del capital apoyan la idea de un "dinero de subsistencia"; algunos liberales esperan de ello la limitación de la burocracia estatal. Uno de sus intercesores

es Götz Werner, dueño de una conocida cadena de droguerías.

- ²⁰ Los 4 500 km² [kilómetros cuadrados] de Conservation Land Trust de Tompkins en Chile dividen el país en dos mitades. También en Argentina este multimillonario, que es amigo del presidente Kirchner, ha comprado, de propietarios privados, enormes cantidades de tierra y se las ha dado al Estado bajo la condición de transformarlas en zonas de reservas naturales.
- ²¹ Más cerca del original, la traducción francesa dice “le pouvoir des produits sur les producteurs” (1983: 148).
- ²² “No existen ningunas ‘imprescindibles mediaciones políticas’”, afirma por el contrario Holloway (2003) en su respuesta a Atilio Boron, quien las hubiera demandado, “o son más bien las únicas ‘indispensables mediaciones políticas’ ” [...] la aceptación de la dominación capitalista”. Aquí se engulle el anticapitalismo al final a sí mismo como el aniquilador en *Yellow Submarine*. Véase mi intento de mediación de la controversia Holloway-Boron (2003).

Bibliografía

- ADORNO, Theodor W. (1969). *Negative Dialektik*. Gesammelte Schriften, Bd. 6.
- ALTVATER, Elmar (2006). “Die zerstörerische Schöpfung. Kapitalistische Entwicklung zwischen Zivilisierung und Entzivilisierung”, en *ProKla*, 36. Jg. H. 2, 157-75.
- ALTVATER, Elmar (2005). *Das Ende des Kapitalismus wie wir ihn kennen. Eine radikale Kapitalismuskritik*. Münster.
- BAHRO, Rudolf (1980). “Die Linke unter der Fahne des ökonomischen Humanismus sammeln”, en *Frankfurter Rundschau*, 8. u. 9.4.
- BORON, Atilio A. (2003). “Der Urwald und die Polis. Fragen an die politische Theorie des Zapatismus”, en: *Das Argument* 253, 45. Jg., H. 6, 796-809.
- BRAUN, Volker (1991). *Schriften in zeitlicher Folge*, Bd. 7. Halle-Leipzig.
- BRECHT, Bertolt (1989). *Große kommentierte Berliner und Frankfurter Ausgabe*. Berlin-Weimar-Frankfurt/M.
- BRECHT, Bertolt (1967). *Gesammelte Werke*, 20 Bde. Frankfurt/M.
- BRÜTT, Christian (2001). “‘Neoliberalismus plus’. Re-Kommodifizierung im aktivierenden Sozialstaat”, en: Mario Candeias u. Frank Deppe (eds.). *Ein neuer Kapitalismus?* Hamburg, 265-83.
- BUTENKO, Anatolij (1988). “Über die revolutionäre Umgestaltung des staatlich-administrativen Sozialismus”, en Juri Afanassjew (ed.). *Es gibt keine Alternative zu Perestrojka: Glasnost, Demokratie, Sozialismus*. Nördlingen, 640-661.
- CALLINICOS, Alex (2004). *Antikapitalistisches Manifest*. Hamburg.
- DAHNS, Daniela (2003). “Antikapitalismus ist realistisch und zeitgemäß”, en *Neues Deutschland*, 28./29.6.03, 24.
- DIETERICH, Heinz (2007). “Historische Chance”, en: *junge welt*, 2.2., 10.
- ESTEVA, Gustavo. “Oaxaca: The Path of Radical Democracy”, in: *Socialism and Democracy*, vol. 21, núm. 2, 74-96.
- FOSTER, John Bellamy, y Brett Clark (2005). “Imperium der Barbarei”, en: *Utopie kreativ* 176, Juni, 491-503.

- GEHRCKE, Wolfgang (2006). “‘Wir sind wieder bei Marx – unter seinem Banner.’”, Beitrag zu den Regionalkonferenzen der Linken am 11. und 12.11. (Ms.).
- GEORGE, Susan (1999). *The Lugano Report: Preserving Capitalism in the 21st Century*. Londres.
- HARMAN, Chris, “Antikapitalismus – Theorie und Praxis”, dt. von *Linksruck*, zuerst: “Anti-capitalism: Theory and Practice”, en *International Socialism* 88 (Herbst 2000), Londres.
- HARVEY, David (2005). *Der neue Imperialismus*, aus dem Amerikanischen von Britta Dutke, Hamburg.
- HAUG, Frigga (2007). *Rosa Luxemburg und die Kunst der Politik*. Hamburg.
- HAUG, Wolfgang Fritz (2006). “Zur Bedeutung von Standpunkt und sozialistischer Perspektive für die Kritik der politischen Ökonomie” (1972), en Haug, W. F. *Neue Vorlesungen zur Einführung ins “Kapital”*, Hamburg, 235-59.
- HAUG, W. F. (2005). *Vorlesungen zur Einführung ins “Kapital”* (1974). Neufassung, Hamburg [en castellano: *Introducción a la lectura de “El capital”* (1978). Gustau Muñoz (trad). Barcelona: Ed. Materiales; en francés: *Cours d'introduction au “Capital”* (1983). Dominique Bron, Catherine Haus y Bernard Scheuwly (trads.). Génova: Éditions “Que faire?”
- HAUG, W. F. (2005). *High-Tech-Kapitalismus. Analysen zu Produktionsweise, Arbeit, Sexualität, Krieg und Hegemonie*, 2a ed. [2003]. Hamburg.
- HAUG, W. F. (2004). “Arbeit im High-Tech-Kapitalismus”, en *Das Argument* 256, 46. Jg., H. 3/4, 357-68.
- HAUG, W. F. (2003). “¿Sociedad civil o sociedad burguesa? Ambivalencia o dialéctica de un concepto clave”, contribución al XII Congreso Nacional de Filosofía, Guadalajara, 27 de nov. 2003 [en alemán: “Zivilgesellschaft – Kämpfe im Zweideutigen. Zur Kontroverse über die neozapatistische Politik”, en: *Das Argument* 253, 45. Jg., H. 6, 845-60.].
- HAUG, W. F. (1999). *Politisch richtig oder Richtig politisch. Linke Politik im transnationalen High-Tech-Kapitalismus*. Hamburg.
- HAUG, W. F. (1990). *Perestrojka-Journal. Versuch beim täglichen Verlieren des Bodens unter den Füßen neuen Grund zu gewinnen*. Hamburg.
- HAUG, W. F. (1989). *Gorbatschow. Versuch über den Zusammenhang seiner Gedanken*, Hamburg
- HAUG, W. F. (1985). “Die Dialektik des Marxismus lernen” (1984), en: Haug, W. F., *Pluraler Marxismus*, Bd. 1, Berlin/W, 52-61.
- HAUG, W. F. (s. a.). *Où en sommes-nous avec la dialectique?*, <www.wolfgangfritzhau.inkrit.de>
- HAVEMANN, Florian (2006). “Dafür dagegen”, en: *Zeitschrift für unfertige Gedanken*, abril.
- HOLLOWAY, John (2003). “Zapatismus als Anti-Politik”, en: *Das Argument* 253, 45. Jg., H. 6, 810-20.
- HORKHEIMER, Max, y Theodor W. Adorno (1947). *Dialektik der Aufklärung*, zit. n. Band 3 von Adornos Gesammelten Schriften.
- KRYSMANSKI, Hans-Jürgen (2001). “High-Tech-Anti-Kapitalismus: Ein Widerspruch in sich?”
- LENIN, Wladimir Iljitsch. *Werke*. Berlin/DDR.
- MARCOS, subcomandante insurgente (2007). “Palabras de la Comandancia General del EZLN el día primero del año 2007 en Oventik, Chiapas, México”.
- MARX, Karl (1976). *El capital. Crítica de la economía política*, libro uno, 2 vols. Manuel Sacristán (trad). Obras de Marx y Engels (OME), vol. 40. Barcelona-Buenos Aires-México: Grijalbo.
- MARX, Karl, *El capital* (1975). *Crítica de la economía política*, libro primero, 3 vols. Pedro Scaron (ed.). México: Siglo XXI.

- MARX, Karl, y. Friedrich Engels (1956). *Werke*, 43 Bde., Berlín.
- McNALLY, David (2006). *Another World is Possible. Globalization and Anti-Capitalism*, edición corregida y aumentada. Winnipeg.
- MEJÍAS, Jordan (2002). “Die Bankräuber haben eine Bank gegründet. Schlimmer als der 11. September: Wie der Enron-Skandal Amerikas Wirtschaft und die politische Elite in den Abgrund reißt”. FAZ, 31.1., 43.
- NARR, Wolf-Dieter (1980). “Zum Politikum der Form – oder warum Emanzipationsbewegungen Herrschaft nur fortlaufend erneuern, allenfalls besänftigen”, en: *Leviathan*, 8. Jg., H. 2., 143-63.
- NEGt, Oskar (2001). *Arbeit und menschliche Würde*. Göttingen.
- PROKLA, 36. Jg., 2006, H. 2, Die “Killing Fields” des Kapitalismus
- RAMONET, Ignacio (2000). “L’aufore”, en: *Le Monde Diplomatique*, 47. Jg., Nr. 550, Januar.
- ROTH, Karl-Heinz (2005). *Der Zustand der Welt. Gegen-Perspektiven*. Hamburg.
- SAAD-FILHO, Alfredo (ed.) (2002). *Anti-Capitalism: A Marxist Introduction*. Londres.
- SADER, Emir (2007). “América Latina, rumbo al posneoliberalismo”, entrevista realizada por Luis Hernández Navarro, en: *La Jornada*, octubre.
- SOARES, Mario (2007). “Europa debe reaccionar”, en: *El País*, 6.2., 13.
- SOFSKY, Wolfgang (2004). “Der hilflose Antikapitalismus”. DeutschlandRadio Berlin, 15.8.
- TJADEN, Karl Hermann, y Lothar Peter (2006). “Wolfgang Abendroth heute – kann man von ihm noch etwas lernen?”, en: *Sozialismus*, 33. Jg., H. 6, 33-39.
- WOLTER, Udo (2001). “Gezähmte Dompteure. Wider den verkürzten Antikapitalismus der Globalisierungsgegner”, en iz3w-Sonderheft: *Gegenverkehr - Soziale Bewegungen im globalen Kapitalismus*, septiembre.

Wolfgang Fritz Haug, profesor de la Universidad Libre de Berlín. Director de la importante revista *Das Argument*. Director y fundador del *Diccionario histórico crítico del marxismo*, que es la empresa teórica más importante del desarrollo y actualización de la concepción de Marx para el siglo XXI. En ella colaboran más de 700 intelectuales del mundo. Es también traductor e introductor de la obra de Gramsci en alemán y autor de numerosas obras entre las que sobresale su estudio sobre *El capital*. El ensayo que aquí presentamos fue enviado directamente a *Dialéctica*.

Traducción de Teresa Orozco Martínez, revisada por el autor.